

Con la avidez de una quiltra, mi niña

Adiós, mi dulce forastero.

Mujercita teatral, al alba me la encontré. En el paradero correteando su bolso en busca de cigarrillos. Encarnaba un teatro barroco con sus expresiones, su abanico y sus ropas moradas. Ella era una experiencia. Cuán azarosas manos trastornarían la furia de mi adolescencia. Y cuán mugriento sería el hombre miope, que no vio lo que yo vi en ella.

Así es cómo conocí a Liliana, mujercita barroca, vestida narcisa de conejos muertos y tacones *animal print*. Buscando en los polvos de su cartera restos de tabaco para enrollar. Para mi suerte, contaba con una cajetilla de cigarrillos. Me acerqué como si eso pudiese construir un puente entre nosotras.

“Bonita, te veo buscando un cigarrillo hace rato” Y me reí. Se rió azarosa conmigo, raspando su garganta quemada. Cuán largas eran sus pestañas postizas cuando miró hacia abajo para encender el cigarrillo. Parecía de unos treinta y siete. Era de esas mujeres que parecían más grandes por todo lo que habían vivido, y por su vestimenta cara y mugrienta, me imaginé que trabajaba en la calle.

“La micro pasa recién a las diez” dijo mirando su celular con derrota.

Le pregunté si quería venir a mi departamento a hacer hora. Puedes descansar, y está cerca, le dije.

“¿Pero está tu familia?”

Sorprendida, le dije que no.

“Vivo con mi novio”

Se espantó. Él no está, le dije riéndome, sin saber a qué iba mi risa.

“¿Y puedo fumar allá?” dijo recatada.

“Obvio, vamos” y le acerqué la mano para que me acompañara.

“Es que no quiero ver a más hombres.” Dijo seria y lúgubre. Pero soltó una pequeña risa.

“Hoy ha sido suficiente bonita” Soltó finalmente

Lujuriosa y vulnerable, cuán sangrientas herraduras taconeando el ritmo de mi locura. Sube y baja. Ich bin. Subíamos las escaleras y se escuchaba el junkie de al lado escuchando *Das model*.

“Dios, amo esa canción” dijo emocionada, y sacó el cigarrillo a medio consumir que le di.

“¿Cuál es?” pregunté.

“La modelo” y prendió el cigarrillo. “Y en alemán guapa”

“¿Sabes alemán?” dije sorprendida.

“No” y apagó el cigarrillo.

Entramos y se instaló vergonzosa, pero decidida. Hace mucho no consumía, y Liliana me preguntó si quería del soma de los dioses. Que no le dije, estoy limpia hace unos meses.

“Dios que suerte, yo no podría.” y se llevó el polvo a la nariz sin pensarlo dos veces, e inhaló cuán yegua decidida, lúgubre, sangrienta.

“Liliana” suspiré asustada.

“Siempre me pasa, tranquila” y se rió.

“Déjame limpiarte linda” le dije maternal y recatada. Me paré a buscar papel al baño y desde el pasillo la miré. Ella extasiada y lujuriosa. Yo espantada y estúpida. Observé mi reflejo en el baño y miré la foto con mi novio colgada. Cuánto extrañaba a ese hombre niño, ese gato negro cuán pardos ojos tenía. Vive libre, vive pecadora, me dijo la última vez que lo vi.

La miré de nuevo y me acerqué. Con mis manos jugué con su cara esbelta, como la de él. Solo una mujer asemejaría su belleza, me dije la última vez que lo vi. Entre sus pestañas postizas se escondía el alba de sus ojos, tan recatados como los de un gato. Dios, es él.

“Cariño y de que te limpiaste” dijo estirándose mientras le limpiaba su sangrienta nariz.

“De somníferos”

“Dios” dijo estirándose.

“Eres una diosa niña” y se rió. “Yo no podría” Repitió. Sacó otro cigarrillo de mi cajetilla y lo encendió.

“Pondré música” dije.

Porque quería sentirme en el éxtasis como ella. Porque quería sentir algo. Quería ser la condesa sangrienta cuán ácido fuese el fondo del abismo. Abismo para la señorita. Ácido para la condesa junkie.

El señuelo de mi novio. Quería sentirlo todo. Era aquella feminidad en lo masculino que yo buscaba. Sentirme como una prostituta bíblica, una virgen zorra. Aquel marioneta que es movida al abismo, pero que igual goza de libre albedrío. Aquel pureza y suciedad que él me hacía sentir. Era lo que ella me hizo revivir.

Tomé de su polvo de hadas cuán mugriento estaba y la miré.

“Cariño... ¿estás segura?” me dijo. Y no dudé.

“Un amor perverso, es lo que yo deseo... aquel que solo tú y yo conocemos.” Escuché en el eco de mis lenguas cuando inhalé. La miré. Dios, solo lo veía a él. Nos tomamos de la mano y bailamos. Su silueta felina se diluía cuán luces rojas veían mis ojos. Muerte roja. Lenguas muertas. Mi dulce gato negro, rozando el abismo conmigo. Soberana, reina del espacio y tiempo era yo.

“Sabes linda” Y la miré a los ojos.

“Te pareces a mi novio” le confesé.

“Uff no me digas eso... los hombres son feos.” dijo preocupada.

“No... él es la persona más bella que he visto”

Nos quedamos en silencio. Me reí. Se rió.

“Cariño, estamos muy drogadas” y se rió tapándose la cara.

Ich bin. Ich war. Lo que soy, lo que era. Mi niño, mi niña.

Del alba a noche tibia. De carnes vivas a tibiezas ínfimas, mediocres. Lenguas muertas. Habíamos creado un lenguaje inquieto como nuestro sexo. La furia de la adolescencia, me digo ahora. La incredulidad que se domina todo y a la vez nada se es. Mis zapatos gigantes y rotos, y mi grotesco pantalón manchado y varonil. Érase ellos y yo, y la meta de ser vista por la ciudad. De pintarla, de vivirla, de sexualizarla.

Esa noche, soñé que volvía a ver a mi novio. En su mirada de medusa, en el ácido de sus ojos. Mirada rupestre, cuán parálisis me ha dejado el tormento de su carne.

Mi niño, mi niña.

Ich, bin. Ich, bin. El ritmo de nuestro sexo.

Adiós mi niña, mi dulce forastero.

Ich war, Ich bin. Lo que era, lo que soy.

Anda y vé. Y que sientas con ella lo que en su día sentías conmigo, pero lo dudo. José José sonaba como un eco en nuestro trance. Cuán lúgubre se tuercen las noches... La música

latinoamericana empieza a sentirse, y a lacerar las heridas de las mujercitas cuán lujuriosas y vulnerables éramos.

Espera, aún la nave del olvido no ha partido. Partíamos cantando con calma, pero con emoción en el pecho. Desnudas, y con el cigarrillo en la mano nos observábamos y nos preparabamos para la mejor parte: *Espera un poco... un poquito más.* Cantaban nuestras almas lauchas, desnudas... y nos mirabamos como tiernas vampiras predilectas. Y entre risas sentíamos el éxtasis de la tristeza latina.

Pasamos toda la mañana escuchando música latina mientras el efecto del ácido bajaba. Y mientras el sonoro romance latino nos hechizaba, bailábamos como brujas latinas que se dan besos. Un cigarrillo, José José y el fantasma de mi novio éramos nosotras.

Pero lo dudo... conmigo te mecías en el aire, volabas en caballo blanco el mundo. Cantábamos pensativas... volviendo a la realidad. La miré, y ví a una mujer... no al hombre que yo buscaba. Pero como tengo la avidez de una quiltra... Sé callar, mi niña.

Cuento publicado el 11 de abril de 2025.

Propiedad de Nina Covili.